

firiese antes ser sordo-mudo que ciego. Y en efecto, ¿cómo cabe no enternecerse dolorosamente al echar una ojeada al exterior de un ciego? En vano revolotea en torno de sus labios la sonrisa; en vano brilla el encarnado en sus mejillas; el sentimiento va á sepultarse en el silencio de aquella fisonomía. Todo presenta en él la triste imagen de la tumba; su existencia se halla envuelta en eternas tinieblas; ni un rayo de luz puede atravesar aquellos párpados embotados. Es una victima infeliz á quien la muerte acompaña en medio de los vivientes, y aun en medio de los mas intensos resplandores. El sordo-mudo, al contrario, disfruta, como todos los hombres, del brillo de los cielos, de los matices de las flores, de las nuevas riquezas de la campiña, y de lo que constituye en fin el embeleso de la naturaleza y de la vida. En él se ve el pensamiento como en un cristal trasparente; su fisonomía no es solo parlante, sino que lleva ademas estampado el sello de la dignidad humana. Su actitud es la de la independencia; sus ojos son el sentimiento en toda su delicadeza, en toda su energia, y hasta con mayor vivacidad que en el hombre que habla: es en fin el alma descubierta, desnuda, porque nosotros ignoramos el arte de disimular y disfrazar; en vano procuramos instruirnos, porque la naturaleza primitiva se mantiene mas tenaz en nosotros que en los que hablan. ¿Qué vista tendrá nunca bastante penetracion para descubrir en nosotros, al primer aspecto, la enfermedad que padecemos?

»El ciego necesitará siempre de lazarillo un niño ó un perro, y por apoyo un palo; el sordo mudo no necesita lazarillo ni apoyo; puede bastarse á si mismo y seguir su camino sin un indispensable amigo, con quien sabe Dios si simpatizara. Si el ciego domina al que tiene vista, ¿qué será éste? un esclavo; y si lo contrario sucede, compadece al ciego, porque es posible que al primer movimiento de contrariedad, se sienta abandonado en el borde de un precipicio. El sordo-mudo circula *enteramente solo* por nuestras calles, plazas y paseos; viaja *enteramente solo* por tierra y mar. Su vista es excelente, porque sabido es que en cuanto falta un sentido, al momento adquieren los demas mayor energia y actividad. Aquella vista atisba sin cesar, espia el mas minimo riesgo, y está á la vez en todas partes. El sordo mudo puede sin riesgo frecuentar los lugares públicos; el sacudimiento de la tierra nos anuncia por otra parte que se acerca un carruaje, y no hay ejemplar de que un sordo-mudo haya sido atropellado jamás por esta causa.

»Si en un armonioso concierto no es el sordo-mudo tan feliz

como el ciego, lo es mil veces mas en la escena del mundo. ¡Naturaleza! ¡qué pluma es capaz de describirte en toda tu belleza, en toda tu poesia! El ciego de nacimiento jamás podrá tener la menor idea de esta armonia, que ninguna lengua, ni la del gesto siquiera, es capaz de pintar; de esa armonia, tan superior á la de la música como inferior es la obra del hombre á la obra de Dios.

»¿Trátase por ventura de considerar la cuestion bajo el aspecto social, y determinar si es el sordo-mudo ó el ciego quien mas útilmente puede servir á su patria? Si el sordo-mudo no puede sentarse en las Cámaras de su pais, como Mr. Rodenbach, puede al menos ilustrarle con sus consejos, y transmitirle reflexiones escritas, cuyo rápido alarde no es encadenado por la falta de vista.

»Cuando el enemigo está á las puertas, el sordo-mudo puede disparar su fusil lo mismo que si hablase. Que haga otro tanto el ciego. ¿No seria posible que apuntase hacia los suyos?

»El sordo-mudo puede salvar la vida á su semejante que se ahoga, ó que se ve amenazado de un incendio. ¿Cómo hará otro tanto el ciego que ni ve el rio que corre ni la casa que arde?

»¿Quiérese saber acaso quién posee mas medios de estender sus conocimientos? Si el ciego tiene sobre el sordo-mudo la ventaja de acrecentar el dominio de sus ideas por el oido, el cual le inicia en todos los pensamientos humanos, ¿no tiene el sordo-mudo casi exclusivamente para si los libros, los manuscritos, las medallas y los cuadros, vastos archivos de los conocimientos acumulados por los siglos? Las artes liberales, la historia natural, la anatomia y la cirugía están vedadas al ciego; y no hay una sola ciencia, un solo arte, escepto la música, que no pueda adquirir el sordo-mudo.»

¿Puede haber mas santa resignacion, mas entusiasmo en estos infelices por presentar cada clase su suerte menos desdichada?

Mr. Dufan resuelve la cuestion en estos términos: «Por lo tocante á la formacion de la razon y al desarrollo de la inteligencia, no hay cosa que reemplace al lenguaje; mas por lo tocante á las relaciones sociales y á las necesidades de la vida positiva, no hay cosa tampoco que pueda reemplazar á la vista. Hace tiempo que los filósofos han notado esa connexion, especie de dependencia mútua entre el pensamiento y la palabra. El uno, en efecto, suscita y promueve la otra: se habla porque se piensa, y se piensa porque se habla. Y este principio aparece todavia mas de bulto cuando se comparan las condiciones anormales de que se trata. El ciego, dotado de la palabra, es decir, del medio de comunicar sus ideas,

del medio mas sencillo, mas fecundo y mas acomodado al ejercicio y al desarrollo de las facultades intelectuales, me parece ser mas afine de nosotros, y me lo figuro mas propiamente allegado á la especie entera, cuyo atributo esencial y distintivo tiene. En este sentido, pues, valdria mas ser ciego. Pero en esta sociedad donde se halla menos aislado, y con la cual puede identificarse mejor que el sordo-mudo, disfruta en grado muy inferior de la actividad de su ser; es en la sociedad un miembro infinitamente menos útil á sí y á los demas, y he aqui una ventaja inmensa. Luego, si como hombre vale mas ser ciego, como ciudadano es preferible ser sordo-mudo.»

Y ¿cuáles son mas desgraciados, los que vieron por algun tiempo y luego perdieron la vista, ó los que jamás vieron? Ved aqui otro problema de dificil solucion. Los primeros tuvieron la dicha de admirar las creaciones de la naturaleza y las bellas obras de los hombres, pasando todo como un relámpago delante de sus ojos, pero quedando estampadas en su imaginacion las huellas de lo que el mundo, que para ellos oscureció, les ofreciera; y sin embargo de la ventaja de tener ya conocimiento de los colores, de las obras del arte y prodigios de la naturaleza, la idea que les preocupa de no volver á sentir y admirar tan gratas impresiones, es terrible y desconsoladora y llena de amargura su existencia; pues que perder la vista, es perder el dominio del mundo; es haber reinado en él, para venir á ser un esclavo.

Los otros, los que jamás vieron, las relaciones y descripciones que sus semejantes les refieran de las escenas del mundo, son cuadros sin vida, tal vez creidos misteriosos, fantásticos é ilusorios; pues ni pueden formarse idea del resplandor del sol, ni del matizado de las flores y pintadas avecillas, ataviadas tan elegantemente para adornar la naturaleza, ni del azul del cielo, ni de la brillantez de las estrellas, ni... ¡Oh! ¡Cuán hermoso es el panorama del mundo, cuán hermoso y ricamente adornado, y para el pobre ciego, cuán limitado y desnudo! Sin embargo, el ciego de nacimiento no padece moralmente lo que el ciego que vió alguna vez, por lo mismo que, no habiendo deleitado nunca su vista en contemplaciones tan sublimes, no siente otros deseos á nuestro juicio, que los que nosotros sentimos cuando nos hacen la viva descripcion de una hermosa ciudad, que quisiéramos ver, pero que la distancia se opone, oposicion que no nos desespera ni inquieta. Si, el infeliz ciego oye mil descripciones del mundo en que habita, y la falta de su vista le pone á tanta distancia de los cuadros descritos, que los mas cerca-

nos, los que pasan á su alrededor, cree tal vez á una distancia inmensurable. ¡Pobre ciego! ¡qué reducido es el mundo en que vive!

En otro tiempo, cuando la sociedad no habia hecho la célebre conquista de la civilizacion, los que nacen privados del oido ó de la vista, eran tenidos por seres en que obraban los espíritus malignos, se les abandonaba, creyéndoles incapaces de educacion, y solo se les daba un corto alimento. Asi, insensiblemente, iban degradándose más y más hasta un término fatal, cuya culpabilidad estaba en la sociedad, que no se paraba á observar que eran dignos de mejor tratamiento. Afortunadamente ya la sociedad no los abandona, y procura por la educacion hacer mas llevadera su desgracia, despertando los bellos sentimientos de su alma, tan pura y tan noble, y tan ávida de los goces eternos, como la del hombre de menos imperfeccion orgánica.

Vamos á dar una ligera idea de los procedimientos empleados para hacer mas llevadera la desgracia del ciego, limitándonos al que lo es de nacimiento, que es el mas difícil de educar, si bien mucho de lo que digamos puede aplicarse tambien á la otra clase.

El que cegó al nacer, ó antes de poder pensar, carece de cuantas intuiciones se reciben por la vista, ya de las presentadas como medios intencionales de enseñanza, ya de las que involuntariamente se ofrecen. Algunos creen que siendo el oido un excelente medio educativo, pudiera suplir con poco trabajo al defecto de la vista; mas, para sacarles del error, basta que le digamos que el oido no hace otra cosa que transmitir al entendimiento los sonidos que le afectan; y este solo llega á comprender por tal medio aquellos sonidos, signos ó palabras que representan cuantas ideas se han adquirido por medio de la percepcion esterna. Dar, pues, al ciego idea del color de la bóveda celeste, es mas difícil que enseñarle una forma trigonométrica. Solo el sentido del tacto es el mas apropiado para suplir en gran parte al de la vista, medio al cual recurrimos los que tenemos la dicha de poseerla, los que tenemos idea de los colores, para posesionarnos mas y mas de los objetos, y adquirir exacto conocimiento de su magnitud, figura, superficie etc.; toda vez que la vista siente en primer término la totalidad, y adquirimos conceptos superficiales, si nos olvidamos de examinar por la contemplacion y el tacto las particularidades.

Para el ciego solo hay existente lo que puede tocar, aquello que puede examinar, recorriendo su superficie y perímetro con sus delicadas manos. Abandonar al niño ciego á su propia actividad,

tan reducida, tan limitada, es impedir que se desarrollen las representaciones fundamentales de la mútua comunicacion del pensamiento; es hacerle imitar las palabras que oye sin pensar acerca de ellas, por mas que nos admiren sus progresos en el lenguaje; es preparar al desgraciado s r un tormento en su interior y la ineptitud para la vida social; es hacerle tenaz y maligno; es alimentar su fantasia, adquiriendo imágenes confusas. Tengamos presente en la educacion que la música encanta á los ciegos, que los cuentos les deleitan, que es mas difícil inculcarles una resignacion religiosa que el fanatismo, y que su viva imaginacion se desborda fácilmente de los límites trazados por la naturaleza, sufriendo agudos dolores cuando sienten su extravio, cuando la experiencia les contraria.

La enseñanza del ciego empieza en el hogar doméstico; y debemos advertir á los padres y á cuantos le rodean, que procuren no abandonarle, ejercitándole en oler, gustar y oir cuantas narraciones no sean peligrosas; y para que desarrollen admirablemente su tacto, para que no pierdan la elasticidad de sus manos, preséntente colecciones de objetos materiales, hablándole de ellos, instruyéndole y animándole á este estudio, que es lo que constituye su enseñanza de intuicion.

Una prudente madre puede endulzar la existencia de su hijo ciego, ya sentándole á su lado, ocupándole en devanar hilo, en anudarlo y otras cosas análogas, dirigiendo sus manos ó poniéndolas sobre las suyas; ya llamándole desde una habitacion, para que por la voz sepa encaminarse hácia ella; ya haciéndole que vuelva al sitio de donde partió; y pidiéndole este ó aquel objeto, cuya colocacion sepa de antemano; ya haciéndole que lo vuelva á llevar al sitio de donde lo tomó, para que así vaya adquiriendo cierto tino, de tal manera que ande por casa con facilidad, sin embarazo ni tropiezo. De aquí puede la madre enseñarle á andar por la vecindad, dándole este ó el otro recado para tal ó cual vecino, siguiendo ella sus pasos y enderezándolos por buen sendero, desembarazándole de los peligros y alentándole á que no se limite á permanecer en un punto determinado, á que no se acostumbre á vivir en un pequeño círculo, sino que con sus piés le agrande, y establezca así relaciones sociales de infinito precio. Y de casa á la iglesia, y de casa al campo, la madre debe acompañar á su desgraciado hijo: allí le hace admirar los cánticos religiosos y elevar su alma al cielo; aquí le hace escuchar el canto armonioso del ruiseñor, y distinguirlo del gilguero por sus trinos, de la tórtola por su arrullo, de la per-

un padre y un maestro que esté al abrigo de toda reprimenda por su conducta regular y su imparcialidad.

Pasemos ahora á los resultados del exceso de desarrollo de este sentimiento. Aquí vemos que se nos detiene, no comprendiendo cómo el exceso de conciencia puede ser un defecto, ó mas bien cómo puede haber nunca exceso en el sentimiento de justicia. Sin embargo, nada hay mas cierto, porque la facultad de que nos ocupamos no tiene ningun privilegio sobre las otras, y puede producir como ellas el bien ó el mal. En efecto, este exceso crea en nosotros temores exagerados de obrar mal, de inquietudes continuas de haber cometido alguna injusticia, y remordimientos mal fundados. Puede llevarse hasta el punto de encadenar todas nuestras facultades, siempre que se trate de obrar en interés nuestro, y desarrollarlas al mas alto grado cuando se trate del interés de otros. Hay entonces en nuestra conducta mas que *desinterés*, mas que *generosidad*, virtudes que reducimos al sentido moral, hay *tontería*, y nuestra facultad es la primera en condenar este resultado, porque quiere que cada uno sea tratado segun sus obras, y nunca el malo como el bueno; es la que manda á la ley que castigue al culpable, no con objeto de vengarse, sino para corregir y mejorar al hombre; para hacerle conocer que la justicia no es una palabra vana; que está en la naturaleza de las cosas; que se deriva de la organizacion; que exige un mal pasajero y material, para llegar á un bien sólido y moral.

El desarrollo del sentimiento de justicia, si bien es cierto que procura la inefable dicha de la satisfaccion de la conciencia, es tambien el manantial de muchas penas; porque no puede soportarse sin un dolor profundo, sin una viva indignacion, el espectáculo de las injusticias de que el hombre es víctima muchas veces. Por último, á esta facultad se debe la tolerancia; es decir, el respeto por el derecho que todo hombre tiene de pensar de su modo.

Tal es el sentimiento de justicia: sentido moral de los Psicólogos; aislado, tendria poca influencia; pero sostenido por otros sentimientos, y por la inteligencia, que los esclarece, eleva la existencia humana, y ayuda al hombre á dirigir la conducta de su vida. Sin embargo hay en él algo de severidad, y gana alguna cosa cediendo algunas veces al sentimiento de

BENEVOLENCIA.

Ciertamente era un error confundir este sentimiento con el anterior, como lo habia hecho Gall, el cual pretendia que la benevolencia era un grado de accion mas elevado en el sentimiento de lo justo y de lo injusto. En este punto, el ilustre fundador de la frenologia ha sido abandonado por todo el mundo, y no hay un solo frenologista que no se haya rendido á las razones de Spurzheim.

La propiedad de este sentimiento es la de disponernos á sufrir por el mal de otro, y á tratar de remediarlo; á crear en nosotros una sensibilidad mas ó menos esquisita, en virtud de la cual nos compadecemos de la desgracia, deseamos verla terminar, y contribuimos á aliviarla en cuanto nos es posible.

He aqui lo que tiene de bueno; pero el hombre demasiado benévolo se deja arrastrar mas allá de estos limites: su beneficencia se trasforma en natural bondad, y muchas veces en debilidad, siendo juguete de todas las impresiones que le asaltan; nada es por si mismo; perdona siempre, no sabe castigar nunca, y confunde asi al bueno con el malo, al inocente con el culpable, y la benevolencia insulta sin cesar al sentimiento de justicia. Hay entonces desórden, y este desórden engendra el mal. Preciso es saber resirtir á los impulsos de nuestra sensibilidad, y de nuestra benevolencia. No es por cierto moral favorecer la pereza y los vicios por una caridad ciega; preciso es hacer solo bien al que lo merece, pues lo digno, lo bello es consagrarse á un desgraciado, y ponerle en estado de bastarse á si mismo por el desarrollo de todas sus facultades. Para esto debe venir el espiritu de justicia en ayuda de la benevolencia, á fin de dirigir su empleo; pero la circunspeccion debe tambien muchas veces ejercer sobre ella un derecho de censura. Hacer bien en el momento, y al primer llegado, á espensas del porvenir y de los demas, muchas veces de aquellos que mas lo merecen, es faltar, no solo á la justicia, sino á la inteligencia y á la razon; es ponerse con frecuencia en el caso de no poder continuar una buena obra; es pribarse de hacer mas tarde buenas acciones. La benevolencia no debe ejercerse con detrimento de las otras facultades, y está obligada en su desarrollo á respetar á las demas en la esfera de su actividad.

Este mismo sentimiento nos conduce á la *filantropia*. Esta vir-

tal, de que nosotros no vamos á trazar la historia, está mas esparcida de lo que se cree comunmente. Los que quieren negar su existencia, llegan á esta paradoja formando un ser complejo, compuesto de un gran número de virtudes. Para ellos no es filántropo mas que el hombre completamente desinteresado, que no hace el bien ni por orgullo, ni por vanidad, ni por engaño, ni por ostentacion: que se oculta siempre para ejecutar sus buenas obras, y que descuida enteramente su fortuna para consagrarse á los pobres. En este retrato se reconoce sin duda un tipo de filantropía, y el mundo seria muy dichoso si esta virtud no se presentase sino con estos rasgos admirables, y con tan noble acompañamiento; ó mas bien, sufriría mucho con su falta, porque en la naturaleza humana abunda mas la imperfeccion que la perfeccion, y la filantropía, tal como la vemos diariamente, no es por lo general mas que una virtud incompleta. Tomemos acta de este hecho, y sin rehusar el mérito al filántropo, cuya organizacion pecará por defecto de algunas facultades, ayudas naturales de la benevolencia, no le coloquemos demasiado alto en la escala de la moralidad. La adquisividad, la estimacion de si mismo, y el amor propio ó aprobatividad, piden estar notablemente pronunciados á la par que la benevolencia; estos son hechos demostrados, y las facultades que les corresponden conducen al individuo á adquirir para si, á buscar la aprobacion y los honores, á elevarse sobre la multitud, al mismo tiempo que á practicar el bien. Este contraste no debe admirarnos. ¿No se han visto ladrones, que han empleado sus ilícitas ganancias en aliviar la desgracia? Tales hombres, se dice, no tienen realmente el amor del bien: todo lo que hacen es engaño y cálculo. Este razonamiento es falso, porque el engaño y el calculo, pueden mezclarse con la benevolencia, modificando sus manifestaciones; pero nunca destruirla, y el hombre, á pesar de sus defectos y de sus vicios, puede experimentar la necesidad de socorrer á sus semejantes.

Por otra parte, como ya hemos dicho, la demasiada benevolencia perjudica al espíritu de justicia y á las otras facultades, é introduce el desórden en nuestro gobierno interior. Lo mismo sucede con su falta: esta escita la aversion y el odio, tanto como el exceso produce la conmiseracion. La indiferencia, la sequedad de corazon, la insensibilidad, la maldad misma, son los resultados de la falta de benevolencia. Una organizacion de este género nos priva de uno de los mas nobles privilegios del hombre: el de ayudar á nuestros semejantes; de esa felicidad de conciencia que tanta fuerza y valor